

AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

VICTORIA SCHWAB



LA
CIUDAD DE LOS FANTASMAS

Desde que Cass estuvo a punto de ahogarse (está bien, sí, se ahogó, pero no le gusta pensar en eso), puede correr el Velo que separa a los vivos de los muertos... y entrar al mundo de los espíritus. De hecho, Jacob, su mejor amigo, es un fantasma.

Así que las cosas ya son bastante extrañas en su vida, pero se van a volver más extrañas aún.

Cuando a los padres de Cass les ofrecen realizar un programa de TV sobre los lugares más embrujados del mundo, la familia parte hacia Edimburgo, Escocia. Allí hay tumbas, castillos y pasadizos secretos rebosantes de fantasmas. Y cuando Cass conoce a una chica que comparte su «don», se da cuenta de cuánto le queda por aprender del Velo... y de sí misma.

Cass tendrá que aprender rápido: la ciudad de los fantasmas es más peligrosa de lo que había imaginado.

Índice de contenido

Parte uno. Los inspectros

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Parte dos. La ciudad de los fantasmas

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Parte tres. Cazadores de fantasmas

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Parte cuatro. La corneja roja

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Parte cinco. Hemos terminado

Capítulo veintisiete

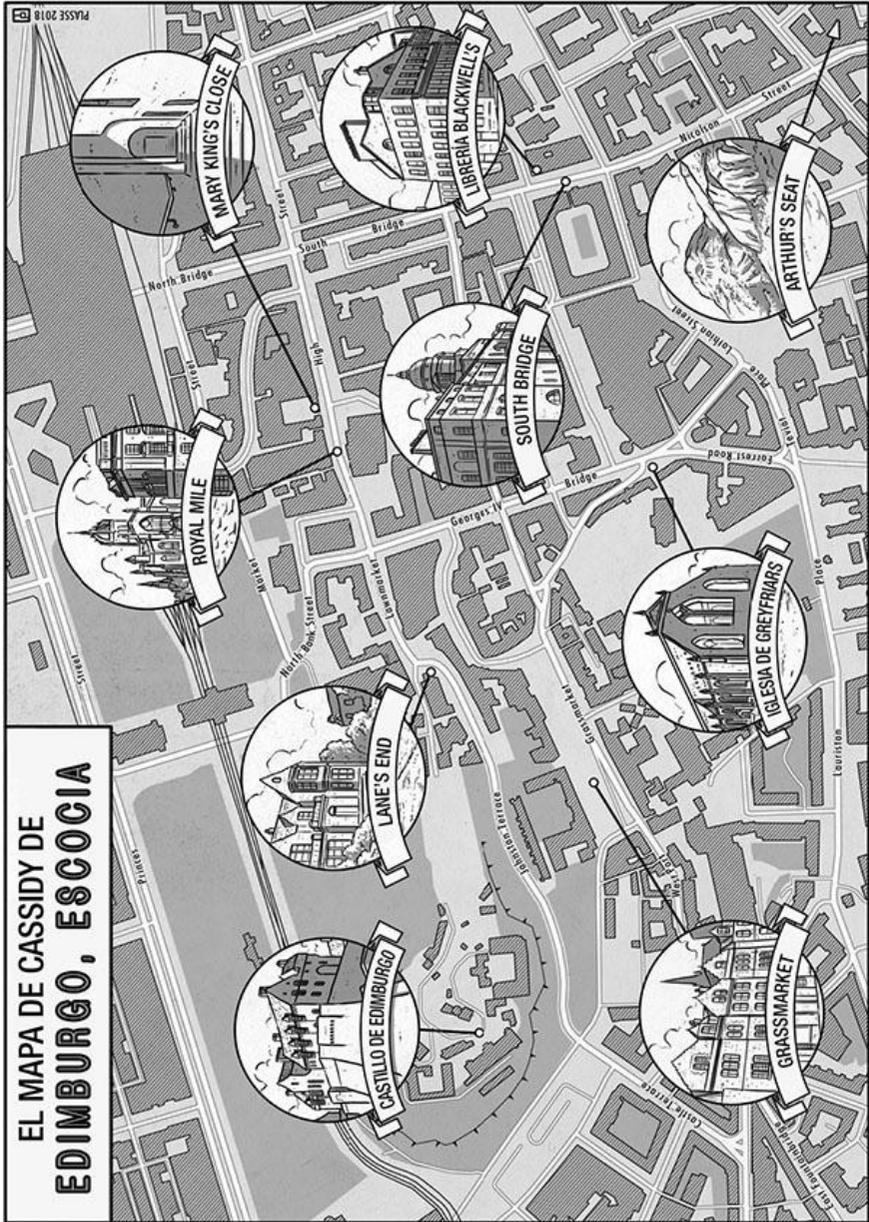
Agradecimientos

Sobre la autora

A la ciudad donde
guardo mis huesos

«MORIR SERÁ UNA GRAN AVENTURA».

J. M. BARRIE, *PETER PAN*



PARTE UNO
LOS INSPECTROS

Capítulo uno

La gente cree que los fantasmas solo salen de noche o en Halloween, cuando el mundo está oscuro y las paredes entre este y el otro lado se difuminan. Pero la verdad es que los fantasmas están en todas partes. En los muebles del pan del supermercado, en el jardín de tu abuela o en el asiento delantero del autobús.

Que no puedas verlos no significa que no estén ahí.

Me encuentro en mitad de la clase de Historia cuando siento el *tap-tap-tap* en el hombro, como el repiqueteo de las gotas de la lluvia. Algunas personas lo llaman intuición, otras, clarividencia. Ese cosquilleo en los sentidos que te dice que hay algo *más*.

Esta no es la primera vez que lo siento... ni por asomo. Ni siquiera es la primera vez que lo siento aquí, en el instituto. He tratado de ignorarlo —siempre lo hago—, pero es inútil: anula mi concentración y sé que la única manera de lograr que se detenga es rindiéndome a él. Averiguándolo por mí misma.

Desde el otro lado del aula, Jacob me mira y menea la cabeza. *Él* no puede sentir el *tap-tap-tap*, pero me conoce lo suficientemente bien como para detectar cuando yo lo oigo.

Me muevo nerviosa en el asiento y me obligo a concentrar la atención hacia el frente del aula. El señor Meyer está intentando, decididamente, que aprendamos algo, a pesar

de que esta es la última semana de clases antes de las vacaciones de verano.

—... hacia el final de la guerra de Vietnam, en 1975, las tropas norteamericanas... —continúa el profesor de manera monótona. Nadie logra mantenerse quieto en su silla, ni mucho menos prestar atención. Derek y Will están durmiendo con los ojos abiertos; Matt, fabricando una nueva pelota de papel; y Alice y Melanie, haciendo una lista.

Alice y Melanie son las *chicas populares*.

Es fácil darse cuenta porque una parece la copia de la otra: el mismo pelo brillante, los mismos dientes perfectos, el mismo modo de pintarse las uñas. En cambio, yo soy todo huesos, mis mejillas son redondas y tengo el cabello castaño y rizado. Ni siquiera uso esmalte de uñas.

Sé que se supone que debería *querer* ser una de las chicas populares, pero, a decir verdad, yo nunca he querido serlo. Me parece que debe ser agotador solo por el hecho de intentar seguir todas las reglas. Sonreír, pero no demasiado. Reír, pero no extremadamente fuerte. Llevar la ropa adecuada, practicar los deportes correctos, preocuparse por lo que ocurre, pero sin exagerar.

(Jacob y yo también tenemos reglas, pero son distintas).

Como si estuviera preparado de antemano, Jacob se pone de pie y se dirige hacia el sitio de Melanie. *Él* podría ser un chico popular, creo, con su pelo rubio y ondulado, brillantes ojos azules y buen humor.

Me lanza una mirada diabólica antes de encaramarse al borde de la silla de Melanie.

Él podría serlo, pero existe un pequeño problema.

Jacob está muerto.

—«Lo que necesitamos para la noche de cine» —lee en voz alta del papel que está sobre la mesa. Pero yo soy la única que puede escucharlo. Melanie dobla otra hoja, una invitación (me doy cuenta por las letras mayúsculas y el bolígrafo rosa) y se estira hacia adelante para pasársela a Jenna. Al hacerlo, su mano pasa a través del cuerpo de Jacob.

Él mira hacia abajo, como ofendido, y luego se baja de un salto.

Tap-tap-tap, continúa la sensación en mi cabeza, como un susurro que no puedo escuchar del todo. Impaciente, miro el reloj de la pared esperando que suene el timbre del almuerzo.

A continuación, Jacob se dirige serpenteando hasta el asiento de Alice y examina los innumerables bolígrafos multicolores que ella tiene ordenados sobre su mesa. Se inclina, acerca cuidadosamente un dedo hacia ellos, se concentra en el más cercano y le da un golpecito.

Pero el bolígrafo no se mueve.

En las películas, los fantasmas inquietos, tipo *poltergeist*, pueden levantar televisores y deslizar camas por el suelo. Pero la verdad es que los espíritus necesitan tener *mucho* poder para pasar al otro lado del Velo: la cortina que separa su mundo del nuestro. Y los fantasmas que sí tienen ese tipo de fuerza, suelen ser muy viejos y no muy agradables. Los vivos pueden encontrar fuerza en el amor y en la esperanza, pero los muertos se fortalecen con cosas más oscuras, como el dolor, la ira y el remordimiento.

Jacob frunce el ceño mientras intenta golpear la pelota de papel de Matt, y no lo logra.

Me alegra que no esté hecho de todas esas cosas.

En realidad, no sé cuánto tiempo hace que Jacob está *muerto* (pienso la palabra con mucha suavidad, porque sé que no le gusta). No puede haber pasado *mucho* tiempo, ya que no tiene aspecto retro: lleva una camiseta de superhéroe, pantalones vaqueros oscuros y calzado tipo botines. Pero él no habla de lo que le sucedió y yo no le pregunto. Los amigos merecen tener un poco de privacidad... aun cuando él pueda leer mis pensamientos. Yo no puedo leer los suyos, pero, a fin de cuentas, prefiero estar viva y no tener poderes telepáticos, que tenerlos y ser un fantasma.

Jacob levanta la mirada ante la palabra *fantasma* y se aclara la garganta.

—Prefiero la expresión «con capacidades diferentes».

Pongo los ojos en blanco porque él sabe que no me gusta que me lea la mente sin pedirme permiso. Sí, es un extraño efecto secundario de nuestra relación, pero vamos. ¡Límites!

—No es culpa mía que pienses tan fuerte —comenta con una sonrisita burlona.

Lanzo un resoplido y varios chicos dirigen su mirada hacia mí. Me hundo en la silla y golpeo con los zapatos la mochila que está en el suelo. La invitación que Melanie le ha extendido a Jenna circula por la clase y no se detiene en mi pupitre, pero no me importa.

El verano está muy cerca y eso significa aire fresco y libros para leer por diversión. Significa que llega la excursión anual de la familia a la casa que alquilamos en Long Island, para que mis padres puedan trabajar en su próximo libro.

Pero, por encima de todo, significa que no habrá apariciones.

No sé qué tiene la casa de la playa, tal vez sea porque es de nueva construcción o quizás por la forma en la que está enclavada en una tranquila franja costera, pero parece haber muchos menos fantasmas allí que aquí, al norte del estado de Nueva York. Lo cual significa que en cuanto termine el colegio, tendré seis semanas completas de sol, arena y largas horas de sueño.

Seis semanas sin el *tap-tap-tap* de espíritus inquietos.

Seis semanas para sentirme *casi normal*.

No veo la hora de que lleguen las vacaciones.

No veo la hora... y, sin embargo, en cuanto suena el timbre, me levanto, la mochila en un hombro y la correa violeta de la cámara en el otro, y dejo que mis pies me conduzcan hacia el persistente *tap-tap-tap*.

—Sé que es una idea loca —señala Jacob mientras me alcanza—, pero *podríamos* ir a almorzar.

Hoy jueves toca pastel de carne, pienso, teniendo cuidado de no responder en voz alta. *Prefiero enfrentarme a los fantasmas*.

—Un momento —exclama. Pero ambos sabemos que él no es un fantasma *normal*, de la misma forma que yo no soy una chica normal. Ya no. Hubo un accidente. Una bicicleta, un río congelado. Resumiendo, él me salvó la vida.

»Exacto, soy casi un superhéroe —observa Jacob justo antes de que una taquilla se abra abruptamente en su propia cara. Hago una mueca de dolor, pero él pasa tranquilamente a través de la puerta. Y no es que me *olvide* de quién es Jacob: es bastante difícil olvidar que tu mejor amigo es invisible para el resto de la gente. Pero es increíble a lo que uno llega a acostumbrarse.

Y debe significar algo, que el hecho de que Jacob esté conmigo desde hace un año no sea la parte más extraña de mi vida.

Llegamos al lugar donde el pasillo se divide en dos. Hacia la izquierda, está la cafetería. Hacia la derecha, la escalera.

—Última oportunidad de ser normales —advierte Jacob, pero tiene una sonrisa torcida al decirlo. Los dos sabemos que hace mucho tiempo que dejamos atrás la normalidad.

Doblamos hacia la derecha.

Bajamos las escaleras y recorremos otro pasillo, en sentido contrario al tráfico del almuerzo, y con cada curva, el *tap-tap-tap* aumenta y se convierte en un tirón, como si fuera una cuerda. Ni siquiera tengo que pensar a dónde ir. De hecho, es más fácil si *dejo* de pensar y permito que la cuerda tire de mí.

Me lleva hasta las puertas del auditorio. Jacob se mete las manos en los bolsillos, masculla algo acerca de las ma-

las ideas y le recuerdo que no tenía por qué venir, aunque estoy contenta de que esté aquí.

—Regla de la amistad número nueve —dice—, el avistamiento de fantasmas es un deporte de dos.

—Así es —conuerdo, quitando la tapa del objetivo de la cámara. Es una máquina analógica, vieja y voluminosa, con el visor roto y carrete en blanco y negro, que cuelga de mi hombro con una gruesa correa violeta.

Si algún profesor me pilla en el auditorio, diré que estaba haciendo fotos para el periódico del colegio. A pesar de que todas las actividades extraescolares ya han concluido...

Y nunca haya trabajado para el periódico.

Empujo las puertas y entro. El salón es inmenso, con techo alto y un telón rojo y pesado que oculta el escenario.

De pronto, descubro por qué el *tap-tap-tap* me ha traído hasta aquí. Todos los colegios tienen historias. Formas de explicar ese chirrido en el baño de los chicos, ese sitio frío al fondo del aula de Literatura, el olor a humo del auditorio.

Mi colegio es igual. La única diferencia es que cuando yo escucho una historia de fantasmas, tengo que averiguar si es real. La mayoría de las veces no lo es.

Un chirrido es simplemente una puerta con bisagras viejas.

Una sensación de frío es simplemente una corriente de aire.

Pero mientras sigo el *tap-tap-tap* por el pasillo del teatro y subo al escenario, sé que esta historia tiene algo especial.

Es la que se centra en un chico que murió durante una obra.

Aparentemente, hace muchísimo tiempo, cuando se inauguró el colegio, hubo un incendio en el segundo acto de *Sueño de una noche de verano*. El escenario se prendió fuego, pero todos lograron salir... o al menos eso pensaron.

Hasta que encontraron a un chico debajo de la trampilla del escenario.

A mi lado, Jacob se estremece y yo pongo los ojos en blanco. Para ser un fantasma, se asusta con mucha facilidad.

—¿Alguna vez has pensado —pregunta— en que no te asustas con mucha facilidad?

Pero yo me asusto con la misma facilidad que cualquiera. Se puede creer o no, yo no *quiero* dedicarme a buscar fantasmas. Pero, si ellos están *ahí*, no puedo ignorarlos. Es como saber que hay alguien detrás de ti y que te digan que no te des vuelta. Puedes sentir su respiración en el cuello y, cada segundo que pasas sin mirar, tu mente hace que todo parezca peor, porque, después de todo, lo que no ves siempre es más terrorífico que lo que sí puedes ver.

Subo al escenario con Jacob pisándome los talones. Puedo sentir su vacilación, su propio recelo me tira hacia atrás mientras levanto una esquina del pesado telón rojo y me deslizo hacia la zona de bastidores. Jacob me sigue, pasando a través de las cortinas.

Todo está oscuro... tan oscuro que a mis ojos les cuesta unos segundos adaptarse y ver los variados elementos de utilería y los bancos desparramados por el escenario. Una delgada línea de luz llega desde abajo del telón. Aunque todo está en silencio, hay una inquietante sensación de movimiento. El leve crujido de las bolsas de arena asentándose en las bisagras. El susurro del aire debajo de las tablas de madera. El rumor de lo que espero que sean papeles y no ratas.

Sé que algunos de los chicos mayores del colegio se atreven a pasar detrás del escenario. A apoyar el oído en el suelo y tratar de oír al chico que no logró salvarse. Una vez los escuché en el vestíbulo jactándose de cuánto tiempo había aguantado cada uno. Un minuto. Dos. Cinco. Algunos afirmaban haber escuchado la voz del muchacho. Otros decían que habían olido el humo y que habían oído las pi-